

Arte, amor y todo lo demás



Televisa, que algo queda

Las autoridades de la televisión han dicho que tienen problemas internos. Seguramente por eso habrá tenido que irse el rollizo y simpático Sánchez Ocaña. Por lo visto, se ha ido a «Tribuna Médica». Muy coherente nos parece. Luego de haber tenido que explicar a los españoles tantos telediarios no basta con ir al médico. Hay que ir a «Tribuna Médica» y que lo exhiban a uno desde la tribuna como fenómeno.

Pues si los asuntos internos van mal, ¿qué decir de los externos? ¿Qué no podríamos decir de los mediopensionistas? Ahora, después de comer nos dan unos folletos que tiembla el misterio. Es la purga más amarga que puede uno tragarse. Dirección consabida y vulgar, intérpretes vulgares, temas que aburren a las ovejas... Los domingos nos obsesionaban, luego de haber finiquitado «La ley del revólver», con «La casa de la pradera». No interesa nada, en absoluto, pero se comprende que la gente norteamericana pueda encontrar aquí algunas reminiscencias de su historia. Al fin y al cabo, el revólver justiciero, el «sacar» antes, y también las aventuras de los pioneros del Oeste, vienen a ser el Poema del Mío Cid de Norteamérica. Su romancero, como el nuestro es la historia del propio Cid, o el asunto de Los Siete Infantes de Lara, y todas esas cosas que se sabía tan bien don Ramón Menéndez Pidal. ¿Por qué la televisión no hace telefilmes con el romancero? Mejor que no lo haga, ahora que lo pienso. Mejor que no lo haga, porque un ataque de risa nerviosa en plena digestión puede acabar con cualquiera.

Y otra cosa que ya parece un chiste. De cien veces que la televisión dice que «vamos a conectar con Barcelona», noventa y nueve añade: «Sentimos no poder co-

nectar con Barcelona.» ¿Adivinan ustedes por qué? No lo adivinarían jamás. ¡Pues por causas técnicas!

En fin, terminamos aquí nuestro triste comentario, más que nada por causas técnicas. ■
DEOGRACIAS.

ARTE

Los nuevos estraperlistas

En una revista de humor tan importante es hacer reír como contar en serio cosas que son de risa. Por este tiempo en Madrid, Barcelona y en algunas capitales de provincias comienza a funcionar el asunto de la temporada de arte: marchantes, especuladores, pintores, galerías y salas de subastas ahora en octubre se ponen a bailar el rigodón con la burguesía y las anti-guallas y los paisajitos, los bodegones, las figuras y los floreros van y vienen, los millones saltan como delfines, la estética se confunde con la plusvalía, las gamas de color se unen a las ganas de hacer el doblete. Visto desde cerca este asunto del arte, ya digo, es cosa de risa.

Hasta hace poco el mercado de arte estaba en manos de gitanos y marquesas. El

tráfico iba directamente desde el Rastro a los palacios y al revés. Recientemente una burguesía de regreso de la parcela y con dinero de plan de desarrollo ha entrado en el juego y ha impuesto en este ambiente tan refinado y sutil en los países industrializados la impronta de su propio talento: un aire de especulador en granos, el recuerdo del estraperlista de aceite. En nuestro país son muy pocos los que compran arte por placer estético de coleccionista. Aquí la mayoría compra para invertir, para revender y forrarse. De modo que el mercado del arte adopta el comportamiento social de una feria de Chiclana. Y tampoco escasean los pícaros que pintan los burros con rayas de cebra o lo que es lo mismo, que venden una litografía como un original. Sin ir más lejos, para empezar, ya hay una sala de subastas, no muy acreditada por cierto, que anuncia su primera sesión aireando algunos cuadros falsos. Y uno está seguro que nuestra burguesía en vez de denunciarlo al juzgado de guardia los va a pujar hasta conseguir colgarlos encima del tresillo.

El placer sosegado de la degustación del arte, el coleccionismo selecto del conoedor, el reposo necesario para la creación,

CARTAS A UN INGLÉS

Día 4 de octubre de 1975

To Anthony T.
University of Glasgow.

My dear Anthony,

A veces me parece ridículo intentar explicar a un «extranjero» lo que pasa en mi país. Estoy segura de que lo debes saber mejor tú: sólo se trata de que mezcles sabiamente algunas cartas al *The Times* y le añadas un poco de los *Quintero*, algún esperpento de Valle Inclán, un vodevil del *Paralelo* y los coros de *La rosa del azafrán*, aquello de:

¡Ay, qué trabajos nos manda el Señor!
¡Agacharse y volverse a agachar!

Tendrás que decir a tu amigo Philip, graduado en Oxford y educado en Eton, que cambie su tesis doctoral sobre «el surrealismo en España». Le propongo un título: «la noria española, entre el surrealismo y Calderón.»

Tú decías que algunos ingleses se acuestan conservadores, duermen liberales y se levantan laboristas. Aquí somos más de una pieza, no tan ambiguos, escépticos y cínicos como vosotros (no digas que mis palabras revelan mi sentimiento de inferioridad, ¿eh?) y sólo nos acostamos con un alcalde y amanecemos con otro.

Eso es lo que nos ha pasado a los de Barcelona. Se nos fue un alcalde, que no hizo casi nada, pero era tan tuerto entre los ciegos que ahora lo añoramos. Aunque te parezca mentira, aquí tenemos muy delicados los sentimientos y nos derretimos cuando nos tiran un cacahuete de más. Ahora vendrá el dúo de *La verbena de la Paloma*, porque el nuevo alcalde está a matar con uno de los concejales, cuñado suyo. A principios de este año nos enteramos de sus dramas familiares (madres abandonadas y demás), gracias a una carta que el señor Viola, el nuevo alcalde, publicó en los periódicos. ¿Hay algún alcalde inglés que hubiera dado tanto material para publicar en los folletines del *The Sun*, vuestro periódico más sensacionalista?

¿Lo ves? Nuestros conflictos domésticos nunca tienen el tono de los dramas de Shakespeare.

En Barcelona han intentado quemar dos librerías más. Pero no sé si sabes que aquí no sólo se queman librerías, sino también guarderías, asociaciones de vecinos y locales tan «blancos» como el de «Amics de la Ciutat». Dirás: típico fenómeno latino. Te veo escribiendo tu ficha y poniéndola luego en tu archivador, en la letra E de España. Para ayudarte en tus clasificaciones, te voy a dar algunos datos: los que aquí hacen tales cosas no son tan altos como los vuestros, los del «National Front», los que incendiaron una librería en Brighton. Ni van con chaquetas de cuero, ni poseen tantas motos último modelo. Los de aquí van en manadas, son más abundantes que los de tu país, pero tienen mucho miedo cuando están solos, son tremendamente feos, canijillos y de escaso cuero cabelludo. Los de tu país han bebido más leche y se les nota que los copos de avena o el porridge escocés les ha dado una musculatura adecuada. Los de aquí tienen la típica naturaleza de los mal alimentados, escasos de vitaminas, con la piel llena de espinillas y grasienta. Sus brazos y piernas se balancean buscando algo en que asirse. Quizá un cocotero.

Pertenecen a la especie de los que no han entrado nunca en una librería. Si lo hicieran algún día, si leyeran algún libro, quizás dejarían de quemarlas (oigo tus palabras: «inocencia mediterránea», dices). Tampoco deben saber que lo que se guarda en las guarderías son niños. Quizás no saben cómo se hacen... De eso de incendiar locales como el de «Amics de la Ciutat», qué quieres que te diga. Esa gente no debe de tener amigos de ningún tipo, ¿cómo va a ser amiga de toda una ciudad?

Para tu tesis sobre este fenómeno, «escasamente homologable a otros fenómenos europeos», tendrías que partir de tres columnas: esa gente no han tenido infancia, no tienen amigos y no saben leer. Así, es natural que quemen las evidencias de lo que no tienen. Para acabar de redondear la idea, podrías leer un artículo de Madariaga grabado en un L.P. con las revoluciones equivocadas.

See you at noon, my dear. Love from,

MONTSERRAT